

1630. 0631
A265
SPANISH

AGRICULTURAL POLICY SEMINAR
WASHINGTON, D.C.
JULY 23 - AUGUST 28, 1971

No. 1

PN ABJ318
736831

USO DEL SABER ECONOMICO Y DE OTRAS RAMAS DE LA CIENCIA EN EL
MEJORAMIENTO DE LA AGRICULTURA - UN PUNTO DE VISTA NORTEAMERICANO*

Dr. Harold F. Breimyer
Profesor de Economía Agrícola y
Economista del Servicio de Extensión
Universidad de Missouri-Columbia

Los historiadores nos dicen que el mundo occidental se encuentra en una época de naciones-Estado. El Estado ha sustituido a la familia, la tribu y el organismo religioso en tanto que unidad política fundamental de la sociedad humana. La nación-Estado surgió, en parte, como unidad de defensa. Posteriormente ha asumido más funciones. Actualmente los gobiernos nacionales aceptan responsabilidades que van desde la administración de justicia hasta la construcción de sendas que llevan a aldeas en las montañas. Invariablemente, algunas de las actividades de los gobiernos centrales son de carácter económico. Muchas tienen, cuando menos, aspectos o consecuencias económicas. Innegablemente, las naciones difieren en cuanto a la extensión del papel económico que desempeñan sus gobiernos. Los países socialistas del bloque soviético imparten a la actividad económica la dirección más centralizada. Algunos países lo hacen mucho menos. Pero toda nación-Estado de nuestro planeta asigna tareas económicas al gobierno.

Quizá la acción más universalmente emprendida por el gobierno es mantener vigilada la salud económica de la nación. Todos los gobiernos centrales vigilan el pulso económico. Dicho en otras palabras, todas las naciones están, al parecer, autoconscientes de cuán bien se desempeñan económicamente. Son hipocóndricos económicos. Se inquietan si su desempleo es demasiado alto o si la inflación es demasiado rápida; y se preguntan si el crecimiento económico se está produciendo tan aprisa en su nación como en el rival de la casa de al lado.

Como ejemplo de este último punto tenemos el período de trauma por el que pasaron los Estados Unidos cuando imperó la idea de que el Producto Nacional Bruto de la Unión Soviética crecía más rápidamente que el estadounidense. (La URSS estaba, principalmente, convirtiendo sus actividades domésticas en empresas comerciales. Los soviéticos estaban, literalmente, comenzando a lavarse la ropa unos de otros, por unos kopeks, con el fin de incluirlos también en los datos del Producto Nacional Bruto). Por fortuna, o por desdicha, ahora nos preocupamos por nuestros propios problemas y menos por nuestras comparaciones con Rusia.

Toda nación representada en este curso breve tiene un programa económico de alguna especie relacionado con su agricultura. Los programas no son iguales. Pero todos ellos representan serios esfuerzos por parte de los distintos gobiernos por mejorar su economía nacional.

Si estas observaciones preliminares están destinadas a que encontremos un común denominador entre las personas que asisten a este seminario, el siguiente lugar en el que hemos de encontrar otro denominador común es en el convencimiento de que el saber económico y de otras ciencias puede utilizarse para el mejoramiento de los programas económicos para la agricultura.

*Trabajo presentado durante el cursillo sobre política agrícola, Servicio para el Desarrollo Económico del Exterior, Departamento de Agricultura de E.U.A., el 2 de abril de 1971.

Dicho en nuestro propio lenguaje, este es el porqué nos encontramos aquí.

En los comentarios que van a seguir expondré los conocimientos que los economistas pueden aportar para el mejoramiento de los programas de gobierno para la agricultura. Pero los economistas son solamente gente subrogada a otras personas preparadas, ya sean estadísticos, agrónomos o sociólogos. Puede incluso que sea un error hablar de personas; en lo que realmente estamos pensando es en una técnica científica, en un punto de vista analítico o incluso en la sencilla idea de que, si nos tomamos tiempo para pensar a fondo en lo que estamos haciendo y para analizarlo, podemos hacerlo mejor.

Difícilmente es necesaria defensa alguna de esta tesis ante la mayoría de las personas aquí presentes. Jamás es difícil convencer a los que ya son verdaderos creyentes. Pero no todo el mundo tiene este convencimiento. Unos pocos economistas no quieren estudiar políticas ni programas agrícolas. Dicen que estos programas son políticos y que no quieren manchar su historial profesional. Por otra parte, algunos funcionarios que administran programas también tienen sus dudas de que los economistas puedan servirles de algo. Unos pocos les son verdaderamente hostiles. Si algunos economistas ven las orientaciones a seguir como algo que es política, hay algunos funcionarios que ven la economía como algo carente de sentido práctico y algo estéril, cuando no como algo francamente peligroso.

Sin embargo, en general, los conocimientos y el saber de los economistas se han aplicado, cada vez con mayor frecuencia, a la política económica de la agricultura. Esto se ha hecho en muchas naciones, en especial a partir del final de la Segunda Guerra Mundial.

El fin primordial de este curso breve es la presentación de ideas y datos económicos, así como de métodos de análisis, que puedan ser útiles para las personas que tienen la responsabilidad de la política agrícola a seguir. En vista del hecho de que todavía existe algo de desconfianza, quizá sea igualmente importante que busquemos modos de mejorar la comunicación entre economistas y administradores. Si lo hacemos, quizá también aumentemos el respeto mutuo.

Este breve curso está destinado a que sea práctico, a que comunique información que pueda llevarse a la práctica. No intentamos establecer profundos principios abstractos, para dar a estudiosos monistas algo que debatir. Lo que queremos es poner el saber en acción.

De todos modos, intentamos educar en el mejor sentido de la palabra. Toda educación implica llegar a principios, ideas que puedan aplicarse en circunstancias cambiantes. Abrigo la esperanza de que cada uno de ustedes salga de este curso llevando en la mente cierto número de principios que encajen con situaciones que habrá de encontrar en su propio país.

Un comentario personal

En los comentarios que voy a hacer habré de violar uno o dos de mis propios conceptos. Estos preceptos son: que el que encabeza un curso breve deberá ser tan modesto y tan poco visible como sea posible; y que nosotros, los gringos, no hemos de mencionar a Estados Unidos como un modelo que otros países han de copiar. De todos modos, quisiera hablarles de mis propias experiencias, debido principalmente a que,

por espacio de más de veinticinco años, he observado y también he tomado parte en programas agrícolas de los Estados Unidos. Espero con ello haber aprendido algo; y abrigo además la esperanza de que mis observaciones ayudarán a explicar lo que el saber económico puede aportar a la política agrícola a seguir.

Mi carrera abarca, casi con exactitud, el período de los programas agrícolas federales de los Estados Unidos. Comencé a percibir un sueldo federal el primero de julio de 1933, muy poco después que se hubo promulgado la primera legislación para mantener tierras en ociosidad con el fin de mejorar los precios de los productos agrícolas. (Cuatro años antes, nuestro gobierno había hecho el intento de sostener los precios sin limitar la producción. La Junta Agrícola Federal, que administraba el programa, quedóse muy pronto sin dinero).

En 1963 ingresé en una unidad que cuidaba de estudiar y analizar el programa de control de la tierra correspondiente a dicho año. Ese fue el período en que se pagaba a los agricultores para que produjeran los llamados cultivos de conservación del suelo, en lugar de cultivos agotadores del mismo. Los cultivos agotadores, tales como el maíz, el trigo y el algodón, eran los que tenían más excedentes. Por ende, nuestro gobierno creyó que podía matar dos pájaros con una sola pedrada: si pagaba a los agricultores para que sembrasen manos cultivos agotadores del suelo, podría tanto vigorizar los precios como conservar el suelo.

Intentamos calcular la extensión superficial de cada parte del país que debería retirarse de los cultivos agotadores del suelo. Pedimos a las estaciones agrícolas experimentales de nuestras universidades con concesión de tierras que nos ayudasen. Desde Washington nos regañaron porque habíamos hecho tantos cálculos y planeaciones y por habernos dejado llevar tanto por nuestras ideas. Por lo tanto, pedimos a las instituciones que hicieran todo esto en lugar nuestro.

Aunque en la actualidad estoy al servicio de una universidad estatal, tengo que reconocer, honradamente, que el proyecto no tuvo mucho éxito. Cada universidad tenía su propia idea acerca de los programas agrícolas. Unas pocas opinaban que eran una invención del demonio. Pedimos datos que demostrasen cómo debía explotarse cada tipo de suelo. Los datos pusieron al descubierto distintas pautas, pero las diferencias no seguían la geografía de los tipos de suelo tanto como seguían los límites políticos entre Estados.

Sintiéndonos defraudados por los sabios, ciframos luego nuestra confianza en la gente del común, particularmente en agricultores. Pedimos a destacados agricultores de cada condado que levantarán mapas de sus suelos locales y propusieran un modo deseable de aprovechamiento de la tierra. A mi juicio, demostraron que eran tan capaces como los catedráticos universitarios. Pero sus colegas los traicionaron. Las organizaciones políticas de agricultores no querían que hubiese grupos voluntarios de agricultores que determinaran la política agrícola a seguir. Y pudieron abolir la actividad planeadora de los agricultores.

En 1938, alentado por algunos cambios de personal del Tribunal Supremo, nuestro gobierno abandonó el enfoque del agotamiento del suelo y puso en marcha un programa de administración del abastecimiento de

productos básicos. Esto exigía más pericia económica. Los economistas calculamos en cuanto aumentarían los precios y los ingresos de los agricultores, cualesquiera que fuesen las disminuciones de la producción que se hiciesen. También comenzamos a sacar datos de necesidades nacionales correspondientes a diversas clases de alimentos y otros productos. Tomamos en consideración tanto la demanda de alimentos como las cualidades nutritivas de los distintos de entre ellos.

Mientras tanto, nuestro gobierno cometió un grave error. Mi primer trabajo lo hice estando en el organismo que administraba los programas (la Administración para el Ajuste Agrícola). Más tarde, todos los análisis económicos pasaron a un organismo aparte. Creo que los administradores no querían tener muy junto a sí economistas que les dijeran que tomaban decisiones económicamente desacertadas. Se nos expulsó. Entonces llegué a la conclusión, y aún estoy convencido de ello, de que si los economistas han de contribuir a las decisiones de política agrícola tienen que estar situados al alcance de la mano del administrador al que asesoran. También aprendí que, a menos que el administrador de rango superior sea receptivo a los economistas y a sus análisis, los economistas están condenados a que no sirvan de nada y a la frustración. Si un administrador no actúa más que basándose en sus corazonadas, en el signo del zodiaco o bien (y esta es una falla más común) en sus conjeturas acerca de lo que habrá de agradar al Ministro o Secretario, no puede hacer uso del análisis económico.

El 7 de abril, el doctor Paarlberg explicará cómo y dónde se hacen hoy los análisis económicos del Departamento de Agricultura de Estados Unidos.

Durante varios años estuve creando información y vaticinios económicos que fueron indirectamente útiles para los programas oficiales. Luego me encontré formando parte del personal técnico del organismo más elevado de análisis de políticas establecido dentro de nuestro gobierno, el Consejo de Asesores Económicos de la Oficina del Presidente. Creo que en ese lugar aprendí dos lecciones. La primera es que todas las políticas económicas de mayor importancia tienen que llevarse, finalmente, a cierto grado de armonía. Ningún organismo del gobierno puede ser totalmente autónomo. La reconciliación sólo puede hacerse en el despacho del Presidente. La segunda lección es casi contradictoria, y es que resulta extremadamente difícil que los funcionarios que supervisan todas las políticas económicas del gobierno comprendan con exactitud cada una de ellas. Todavía no he aprendido cómo puede resolverse el problema de la necesidad de que se dé una orientación centralizada a pesar de que es humanamente imposible que los altos funcionarios sepan todo cuanto deberían saber. Quizá se me conceda vida por un tiempo suficientemente largo para que descubra la respuesta.

Durante la Segunda Guerra Mundial fui navegante, no economista, y no tomé parte en programas para el aumento de la producción.

Después pasé a ser asesor económico del administrador de los programas de comercialización. Esta fué una experiencia que me dió grandes satisfacciones. Mi administrador era asimismo un economista muy preparado. Sabía cómo utilizar los consejos económicos... inclusive cómo hacerlos a un lado. Según mi parecer, también sabía cual era la mejor estructura administrativa para llevar a cabo programa de análisis económicos. Cada una de las principales divisiones administrati-

-vas tenía su pequeña unidad propia de análisis. Esta unidad daba cuenta de sus labores al jefe de la división. Pero, además, las diversas unidades económicas se mantenían en contacto conmigo, en mi calidad de asesor del administrador. Los economistas de estas unidades, se reunían, además, de vez en cuando, en comisiones o cuerpos de trabajo. De este modo los economistas daban formalmente cuenta de su labor a su jefe de división, pero informalmente, podían hablar con toda libertad con otros economistas, inclusive yo mismo. Este sistema guarda parecido con el concepto de plana mayor frente a línea que se sigue en las fuerzas armadas. Opino que es un buen sistema.

Mi primera experiencia había sido con el retiro de tierras y los precios de garantía, pero en el organismo de comercialización hué de ocuparme de servicios de mercado. Estos servicios eran de: información, clasificación y uniformización, comercialización cooperativa y reglamentación de las prácticas del mercado. También comprábamos, en épocas de excedentes, productos básicos perecederos y los distribuíamos entre escuelas, familias de pocos ingresos y determinados hospitales y otras instituciones. Todos estos programas eran también programas agrícolas. Es un error pensar en los programas para la agricultura como estando solamente relacionados con métodos para regular la producción y mejorar los precios.

Mientras tanto comencé a aceptar destinos de corta duración en otros países. Estuve dos veces en Argentina, una en Guatemala, una en Perú y una en Colombia. Mi primer destino en Argentina fue para que ayudase a crear mejores mercados para la carne de res argentina. La segunda fue que me ocupase de organizar un programa de investigación económica que ayudase a los programas de los administradores argentinos. En Guatemala intenté esbozar algunos principios económicos que tienen que figurar en los buenos programas para la agricultura. En Perú y Colombia evalué la labor que estaban haciendo economistas de universidades estadounidenses.

Ahora soy educador y economista investigador en una universidad estatal. Exploto mi licencia para asesorar, proponer y objetar, según lo considere oportuno. Abrigo la esperanza de que lo hago responsablemente de modo que contribuya a la comprensión pública de cuestiones relacionadas con la política para la agricultura.

Historial de la actuación de economistas estadounidenses

Ya he reconocido que los administradores de la política agrícola de los Estados Unidos no siempre se muestran receptivos respecto al asesoramiento económico. Ya les dije cómo nuestra unidad fue expulsada en 1938, pero añadí que, más tarde, tuve un administrador que era astuto en el uso de la orientación económica. Nuestra situación es mixta. Sospecho que ésta es la situación en la mayoría de países.

El hecho de que no se respete la información económica no es totalmente falla por parte de los administradores. Nosotros, los economistas, no siempre hemos hecho bien nuestra labor. Creo que nuestro peor error es que tendemos a dejarnos llevar hacia uno de dos extremos: hacia ideas que se encuentran muy en la estratósfera, o hacia preocupaciones mezquinas por cuestiones cotidianas.

Temo que unos pocos economistas están tan alejados de las cuestiones prácticas que es de dudar que su trabajo encierre algún valor para la política agrícola. En el otro extremo están los que no saben ver

más allá del problema que tienen directamente frente a sí. Un economista que trabaja en la cuestión del trigo quizá no dedique pensamiento alguno a cómo su programa pueda afectar al maíz. El que intenta resolver problemas de hoy quizá deje de preguntarse si su solución puede crear problemas nuevos el día de mañana. Este último es un error dañino. Los administradores tienden a ser gente que sólo elimina dificultades cercanas. Se les puede disculpar por esta visión limitada. Los economistas no tienen la misma defensa. Los economistas han de ver más allá del presente; y una de sus tareas es hacer que los administradores estudien, también, las consecuencias más generalizadas y a más largo plazo.

Lo general frente a lo específico

Hasta ahora mis observaciones se han ocupado, principalmente, de cómo el economista que trabaja en cuestiones de política a seguir guarda relación con las personas que administran programas.

Ha llegado el momento en que hemos de considerar lo que el economista tiene para ofrecer. ¿Qué guarda en su bolsa de artimañas? ¿Tiene algún modo especial de ver, quizá incluso algo de clarividencia?

En verdad, el economista no goza de ningún poder mágico. Algunas veces se dice que la economía es algo fuera de lo terrenal, casi místico. Esto no es cierto en modo alguno. La mitad de la economía es puramente sentido común; un cuarto de ella viene de la cuantificación, aunque ésta, por lo general, es solamente aproximada. Un solo cuarto de la economía es, verdaderamente, un conocimiento científico especializado.

Quizá el economista procure, sobre todo, inculcar respeto por el método científico y, en especial, por el punto de vista científico. Este último reclama cualidades personales de espíritu indagador, de observación ordenada, de inducción y deducción lógicas y de integridad. Además, el punto de vista científico se alza sobre la idea, heredada de los griegos de la antigüedad, de que las leyes de la naturaleza son universales. En el universo rige el orden, incluso en el universo económico. Por lo tanto, podemos aprender por experiencia, y podemos aplicar lo que hayamos aprendido.

Abrigamos, pues, la esperanza de que el método científico puede aplicarse al mejoramiento del contenido económico de los programas para la agricultura.

Muy a menudo se hace lo contrario. Se toman decisiones siguiendo la costumbre, el hábito, una corazonada o bien a ojo de buen cubero. El doctor McDermott ha dicho que con demasiada frecuencia los administradores obran por tradición e intuición. Esperamos que les ayudaremos a hacerlo mejor.

Quizá parezca contradictorio, pero, al destacar lo que la economía puede aportar, también quiero formular una advertencia contra el hecho de que nos tomemos demasiado en serio a nosotros mismos. Ningún problema es exclusivamente económico. Por lo tanto, no hay problema alguno que pueda resolverse por medio del solo análisis económico. Por ejemplo: cualquier administrador de algún programa debe tomar en cuenta la factibilidad administrativa de cualquier proposición formulada por el economista, es decir, si es posible llevar a la práctica lo que el economista pide. Todo programa que no pueda ponerse en obra con éxito es desacertado, por más bueno que lo vea la mente de su au-

-tor o por hermoso que se le vea en el papel.

Además ya dije anteriormente que lo que buscamos es determinar principios que puedan aplicarse en diversas circunstancias. Ahora tengo que hacer una advertencia contra la aplicación exagerada de principios generales. Mi advertencia va dirigida en especial a los economistas de naciones desarrolladas, tales como los Estados Unidos. Una advertencia que ya se ha dicho mil veces y que merece que se la repita. Por la milésima primera vez hago hincapié en que los economistas de naciones desarrolladas que intentan asesorar a naciones en vías de desarrollo no tienen que aplicar rutinariamente las ideas que aprendieron en su propia nación. La economía de la cría de ovinos en Montaña quizá pueda decirnos, o no decirnos, cómo hay que mejorar la explotación de dichos animales en el altiplano de Bolivia. La economía de la comercialización de alimentos en Detroit no es fácilmente transferible a Santiago de Chile.

Algunas veces he dicho, con un leve tinte de humor, que mi labor más importante cuando trabajo en América Latina es la de simplificar las grandiosas proposiciones que han formulado los gringos que me precedieron.

Pero llevemos el primer paso un poco más adelante. ¿Cuáles principios económicos son universales? ¿Cuáles pueden enviarse más allá de las fronteras de las naciones, de un hemisferio a otro, de las naciones desarrolladas a las que se encuentran hoy en vías de desarrollo?

Suciero diversos de ellos. Cada quien puede añadir otros.

Quizá el primero de todos es que todas las naciones buscan racionalizar su agricultura, aplicar el juicio y el ingenio humanos de modo que la agricultura atienda las necesidades de aquella nación.

Este es, de por sí, un hecho poderoso. Al comienzo, el hombre subsistió de lo que la naturaleza puso ante él para que comiese. Con el correr de los siglos, fue aprendiendo a cultivar y guardar, a escoger la simiente, a combatir malas hierbas e insectos. A pesar del progreso, incluso hoy la producción y la comercialización agrícolas de las naciones más avanzadas del mundo responden sólo imperfectamente a las metas que se han fijado para las mismas; y los resultados son aún peores en las naciones menos avanzadas.

"Las metas que se han fijado a la agricultura". Estas son palabras cargadas de significado, ya que todo programa, grande o pequeño, general o de poca monta, debe tener su meta. Los economistas han de ser capaces de que ayuden a formular metas.

Esto no es para sugerir que las metas de la agricultura son iguales o parecidas en todas partes, ¡Lejos de ello! En una nación, el objetivo puede ser el aumento de la producción tan aprisa como pueda lograrse. En los Estados Unidos hemos buscado restringir la producción de algunos productos. Sin embargo, cuando la producción es excesiva, quizá queramos aumentar el consumo en lugar de disminuir la producción. En los Estados Unidos tenemos también programas para este último fin.

Dentro de una nación, las metas pueden diferir según los sectores. En muchas naciones de América Latina existen: un sector de subsistencia, un sector de explotaciones agrícolas comerciales en pequeña escala, y un sector de grandes explotaciones agrícolas a escala para la exportación. La tentación es que se preste la mayor atención al sector de exportación y la menor a los agricultores de subsistencia. Pe-

-ro ¿debemos abstenernos de prestar atención a la agricultura de subsistencia? ¿De ningún modo! Las medidas para el mejoramiento de la producción y la comercialización pueden producir más beneficios humanos en estas circunstancias que en cualesquiera otras. Además, casi siempre hay un legítimo deseo de convertir los sectores de subsistencia a, cuando menos, una categoría en parte comercial.

Un segundo principio general es que toda nación quiere hacer un uso eficaz de sus recursos humanos y materiales. En ninguna nación del mundo están atendidas todas las necesidades humanas; por ende, los recursos han de ponerse en uso del mejor modo posible.

En este punto exactamente es cuando introducimos un principio cardinal de la economía. Es el de que los recursos son más productivos cuando se les combina del modo más provechoso. La palabra técnica es "óptimamente". Esta idea es engañosamente sencilla. La comprensión equivocada que se da con gran frecuencia es que este principio se interprete dándole el significado de maximalización, es decir, el de que se obtenga la mayor producción posible. Hace nueva años, estando en Argentina, hube de formular mi más enérgica advertencia contra todo intento de elevar al máximo el rendimiento por hectárea de los cereales, o el de carne o leche por vaca.¹ El profesor Raup, de la Universidad de Minnesota, ha escrito que, en la Unión Soviética, "durante todos los años de la guerra y hasta terminar la década de 1950, la meta de los directores de granjas... era elevar al máximo el producto por hectárea".² Desde entonces, los soviéticos han aprendido otras lecciones mejores, y abrigo la esperanza de que los suramericanos, y también los norteamericanos, se hayan ilustrado del mismo modo.

Generalmente, a la persecución de metas múltiples se suman recursos también múltiples. Este hecho complica los problemas, y hace la vida difícil a los economistas. Pero así son las cosas.

Otro principio general es que los programas del gobierno para elevar la agricultura de la nación exigen, generalmente, alguna especie de actividad "institucionalizada". En las economías más primitivas es poca la especialización o centralización que hay en la empresa económica. Todo está difuso. En cambio, cuando una nación decide modernizar su agricultura, por lo general establece alguna especie de servicio, o actividad, institucionalizado. Tratándose del crédito agrícola, es el establecimiento de un banco, una cooperativa o un organismo del gobierno que, al sustituir o complementar a los prestamistas particulares haga que el crédito sea asequible a los agricultores.

En la comercialización puede haber instituciones para el almacenamiento comercial de productos agrícolas, o un mercado central de venta al por mayor de frutas y hortalizas. Casi invariablemente, los gobiernos quieren establecer o ampliar las instituciones recopiladoras de estadísticas, las encargadas de investigaciones y también las educativas.

Mi juicio propio es algo conservador por lo que respecta a la institucionalización. Creo, por ejemplo, que los mercados abiertos de las aldeas desempeñan una función útil. Dudo que en América Latina los supermercados sean la respuesta a muchos problemas de la comercialización de alimentos. Los autobuses rurales quizá no sean un mal medio de transporte para los productos agrícolas de pequeñas granjas. De todos modos, en muchos lugares se necesitan nuevas y mejores instituciones.

-nes agrícolas para diversos fines, y los economistas tienen obligación de asesorar, y capacidad para hacerlo, respecto a cuáles son las instituciones que resultan más adecuadas para mejorar un problema dado.

Creo que de los tres primeros principios se infiere un cuarto. Este cuarto principio es que todas las partes de la agricultura y todas las partes de la nación han de beneficiarse con el adelanto de la agricultura. Vientos de democracia y una revolución de crecientes esperanzas barren el mundo. Simplemente esto no nos permitirá que proyectemos una política agrícola en beneficio exclusivo de una sola clase cualquiera. La regla es igualmente válida en las naciones desarrolladas y en las menos desarrolladas. En realidad, creo que es más embarazoso en las naciones más desarrolladas. Por ejemplo, en los Estados Unidos, donde nos jactamos tanto de nuestra agricultura, nos ha avergonzado tener que admitir que el 30 por ciento de nuestra población rural vive por debajo del nivel límite de la pobreza, y también que algunas personas todavía carecen de dietas adecuadas.

Este principio encierra un efecto explosivo. Es tan fácil hacer cosas que ayuden a una parte de nuestro pueblo y causen dolor a otras. Es tan difícil tomar medidas que mejoren la suerte de todos. A menudo he lanzado una advertencia contra el hecho de que toda la política agrícola vaya orientada hacia la agricultura comercial mientras se descuida la no comercial. He lanzado clamores de desaprobación contra las políticas destinadas a que se introduzcan métodos economizadores de mano de obra en la comercialización, a menos que el desarrollo industrial dé empleo a los trabajadores desplazados. Hasta he llegado a decir a nuestros agricultores a escala industrial que buscan el derecho a negociar colectivamente que, si se les concede esta autorización, se verán obligados a aceptar la sindicalización de la mano de obra agrícola asalariada. Y todos los economistas de los Estados Unidos les han enseñado a los dirigentes agrícolas que quieren aranceles proteccionistas para sus productos que, si los logran, se causarán daños a los consumidores y a los demás agricultores que venden en mercados de exportación.

Economía poco atractiva

Los cuatro principios generales no cierran la lista, pero son suficientes para que estimulen nuestro pensamiento.

En la mayoría de las observaciones que he hecho hasta ahora he utilizado los ejemplos más manifiestos de aplicación de la economía a la política agrícola. Sin embargo, exactamente como sucede en los comercios al detalle que tienen tiendas atractivas y una trastienda en la que el comerciante atiende sus quehaceres ordinarios, también la economía de la política agrícola reclama que hayan servicios de respaldo de recopilación de estadísticas y de preparación de estudios económicos. Las estadísticas fidedignas son absolutamente esenciales; sin ellas es imposible el análisis económico de las políticas agrícolas. Algunos economistas tienen que trabajar con especialistas en ciencias físicas para la estimación de cómo la producción responde a diversos recursos, tales como el fertilizante químico aplicado a un tipo determinado de suelo. Otros tienen que estudiar la demanda, otros más la economía de los transportes o del comercio exterior, etc.

Así pues, en los cimientos de las acciones públicas para la agri-

-cultura de una nación encontramos los poco atractivos servicios de reunir datos y proceder a investigaciones.

Un desmentimiento final

Que yo sepa ninguna nación ha hecho el uso más pleno posible de las ideas y la información económicas. Ninguna alcanza a hacerle, en un grado u otro.

Sin embargo, el hombre sabio no exagera, no promete más de lo que puede dar. Durante mis muchos años de trabajo en el establecimiento de políticas a seguir he descubierto que rara vez hay una cuestión de políticas cuyo contenido sea exclusivamente económico. Rara vez se las ha podido resolver a base de criterios únicamente económicos. Por lo tanto, termino expresando un desmentimiento al que apuntaba desde el comienzo. Los economistas no tienen que esperar que se les conceda un público exclusivo, ya que la mayoría de los problemas tienen no solamente aspectos económicos, sino también sociológicos, culturales y políticos.

Los factores económicos constituyen solamente una parte de la política para la agricultura. La política para la agricultura es solamente una parte de la política de la nación. Lo que pueda hacerse para mejorar la agricultura depende de lo que pueda hacerse para mejorar la instrucción de la gente, así como la estabilidad y la integridad del gobierno. El economista que anuncia lo que puede hacer en pro de la política para la agricultura de su nación deberá también reconocer lo que no puede hacer.

AGRICULTURAL PLANNING - CONFERENCES

630.0631 Agency for International Development.
A265 Agricultural Policy Seminar, Washington,
D.C., July 28 - Aug. 28, 1971.

Various papers.

Includes Program and itinerary. 17 p.

Sponsored by AID, USDA, and land-grant colleges and universities.

english & spanish

1. Agricultural planning - Conferences, Meetings, etc.
2. Agricultural prices. 3. Agricultural credit. 4. Agriculture and state. 5. Institution building - Agriculture. 6. Agricultural trade. 7. Agrarian reform.
1. Dept. of Agriculture. 1. Title.